

la más cumplida idea del genio adolescente cuando el poeta avanzaba con el paso firme y la mirada en el cielo, como seguro de su conquista y orgulloso de vivir. Sus brillantes inspiraciones primeras, después gastadas por sus mismos triunfos, eran entonces de la mayor novedad en la poesía francesa (1); todos aquellos cantos marcados con un sello de Shakspeare, su arrebatado vuelo entre sonrisas, los relámpagos ígneos de tempestad precoz, anunciaban, prometían á Francia todo un Byron. Las canciones elegantes que brotaban de sus labios uno y otro día y que no tardaron en pasar por los de todos, tenían los acentos de su edad; pero la pasión que no podía conocer, que no había sentido aún, la adivinaba, la aspiraba con fuerza, corría á su encuentro con exaltación. Preguntaba el secreto á sus amigos más ricos en experiencia y húmedos todavía por efecto del naufragio, como se ve en las estancias á Ulrico Guttinguer (2). En los bailes, en las reuniones y fiestas donde el placer reinaba, pretendía por la reflexión encontrar la tristeza y la amargura. Al entregarse con aparente locura á los goces de su edad, se decía para realzar su sabor que aquel era un instante fugitivo y que no volvería de igual manera; buscaba siempre y en todo una sensación más fuerte, más aguda, de acuerdo con el tono en que había puesto su alma. Consideraba que las rosas de un día no exhalaban su aroma con bastante rapidez, y hubiera querido arrancarlas para aspirarlas juntas y expresar mejor la esencia.

Una preocupación le acometió coincidiendo con su primer triunfo. Había entonces una escuela nueva, no reinante todavía, pero ya formada. Precisamente en el seno de esta escuela había preludiado sus primeras notas y podía parecer producto de ella. Trató, pues, de mostrar que no era así, que no debía nada á nadie y que aún entre los nuevos tenía personalidad y novedad, no pareciéndose á ninguno. En

(1) Amour, fléau du monde, exécration folie, etc.,
Comme elle est belle au soir, aux rayons de la lune, etc.,
O vieillards décrépits, têtes chauves et nues, etc.,
Peut-être que le seuil du vieux palais Luigi, etc.

(2) Ulric, nul œil des mers n'a mesuré l'abîme
.....
.....
Moi si jeune, enviant ta blessure et tes maux!

esto mismo se precipitó con impaciencia, pues él no tenía nada que temer; bastábale el desarrollo de su talento para manifestar naturalmente su originalidad. Pero Alfredo de Musset no era hombre que esperara el fruto del tiempo y el curso de las estaciones. La nueva escuela poética había querido ser y había sido en efecto, religiosa, elevada, un poco solemne ó sentimental y soñadora; pretendía ser exacta y aún escrupulosa en la forma. Alfredo no quiso ajustarse á aquella solemnidad, rompió con la sensibilidad, hizo poco caso del ritmo y de la rima, haciéndose familiar y burlon hasta el exceso; optando en poesía por el *déshabillé*, compuso *Mardoche* y poco después *Namouna*. ¡ El profano! ¡ el libertino! exclamaba todo el mundo; pero todo el mundo leía sus profanos versos, en todas partes los aprendían de memoria, y se recitaban décimas enteras de *Mardoche* sin darse cuenta nadie de por qué; se decía que se quedaban impresas en la memoria de todos por su facilidad, su fantasía y hasta su insolencia, y que eran versos *amigos de la memoria*. Los mismos enamorados más soñadores y más tiernos se entusiasmaban cuando repetían algunas de sus estrofas. Respecto del Don Juan de *Namouna*, de esta forma novísima del calavera que podía parecer el hijo predilecto del autor y hasta el ideal; ¡ ay! de su mal y de su vicio, sólo diré que una concepción tan atrevida, tan admirable y que había dado ocasión á tan hermosos versos, no podía ménos de seducir á todos, obligándonos á concluir con el poeta: « Así, tal como es, el mundo lo prefiere. » En *Namouna* están los doscientos versos mejores y más osados que jamás se ha permitido la poesía francesa.

En el drama titulado *la Copa y los Labios*, Alfredo de Musset expresó admirablemente la lucha de un corazón noble, altivo, orgulloso, con el genio de los sentidos. Hay en el drama verdades tristes, amargas, repulsivas, monstruos arrancados del fondo de la caverna del corazón, como la llama Bacon; pero todo revestido de una brillantez, de una sonoridad incomparable. Y aunque el monstruo no fuera vencido, llovían sobre él resonantes las flechas de oro de Apolo.

Alfredo de Musset, como más de uno de los personajes que ha pintado y presentado en acción, pensaba que era preciso verlo, saberlo todo, y para ser el artista que deseaba ser, haberse sumergido en todo género de profundidades. ¡ Fatal y peligrosa teoría! ¡ Bien lo ha mos-

trado el mismo Alfredo con una imágen enérgica y expresiva en su comedia de *Lorenzaccio*! En efecto, ¿qué es aquel Lorenzo « cuya juventud había sido pura como el oro, que tenía las manos y el corazón tranquilos, á quien bastaba dejar que saliera el sol y se pusiera para ver florecer en torno suyo todas las esperanzas humanas, que era bueno y que, por su desdicha, quiso ser grande? » Lorenzo no es un artista; es ó quiere ser un hombre de acción, un gran ciudadano; ha concebido un pensamiento heroico: el de libertar á Florencia, su patria, del innoble y corrompido tirano Alejandro de Médicis, su propio primo. ¿ Y qué imagina para lograr su intento? Representar el papel del primer Bruto, pero un Bruto modificado por las circunstancias, y con tal propósito prestarse á todas las locuras, á todos los vicios que llenan el corazón del tirano cuyas torpes orgías deshonran á Florencia. Se introduce pues en su familiaridad, se convierte en cómplice y en instrumento suyo, acechando la hora y el instante más propicio; pero entre tanto ha vivido demasiado, ha gustado con exceso del desenfreno inmundo, ha visto hasta las heces de la humanidad y se despierta del ensueño de sus ilusiones. Continúa, no obstante, persevera en su designio, acabará por conseguir su objeto; pero está seguro de que todo será en vano. Derribará sin duda al monstruo aborrecido; pero sabe que Florencia libre del tirano escogerá otro dueño y que Lorenzo será cada vez más despreciado. Además, Lorenzo, á fuerza de simular el vicio y de vestir el mal como vestido prestado para hacer una experiencia, se lo ha incorporado; la careta se ha pegado á su rostro y es ya para él como una segunda cara. La túnica empapada en sangre de Neso ha penetrado en su piel y hasta en sus huesos. El diálogo de Lorenzo con Felipe Strozzi, virtuoso ciudadano que sólo ve de las cosas el lado bueno, honroso y apetecible, es de una verdad aterradora. Lorenzo tiene la conciencia de haber vivido demasiado, en el concepto de haber practicado hasta el exceso las cosas de la vida; está convencido de que ha bajado hasta el fondo para no subir más; cree que ha introducido en su ser al huésped implacable que en la forma de *hastío* ha de dominarle siempre, constriñéndole á hacer por hábito, por necesidad y sin placer lo que ántes hizo por sentimiento y sin ficción. Semejante situación moral está expresada con palabras sangrientas. « Pobre niño, le dice Felipe, me

partes el corazón ». Y á todas las explicaciones, á todas las revelaciones profundas y contradictorias del joven, Felipe no sabe hacer otra cosa que repetir: « Todo eso me pasma; en todo lo que me dices hay cosas que me regocijan y otras que me dan pena. »

No hago más que desflorar el asunto. Pero si releyéramos, si nos fijáramos atentamente, ahora que Alfredo de Musset no existe, en muchas de sus obras y de sus personajes, llegaríamos á descubrir en aquel genio lo contrario de Göthe. Göthe se desligaba, se desprendía á tiempo de sus creaciones, aún de las más íntimas en el origen; no practicaba sino hasta cierto punto la obra de sus personajes, abandonándolos oportunamente. Göthe, desde su juventud, desde el tiempo de Werther, se aprestaba á vivir más de ochenta años.

Para Alfredo de Musset la poesía era lo contrario: su poesía era él mismo; se lanzaba en ella identificándose con ella. En su poesía palpita su carne y hervía su sangre; y cuando había lanzado á los demas sus desgarrados miembros, todavía guardaba para sí el ensangrentado corazón, un corazón fogoso y al mismo tiempo hastiado. La calma que no tuvo hubiera venido á su debido tiempo. Mas él tenía como prisa de condensar las estaciones y de devorarlas.

Después de los artificios y juegos de pasión que adivinaba y presentía su infancia, llegó la pasión misma. Lo sabemos: la pasión iluminó un instante aquel genio tan propio para ella, y en él hizo desoladores estragos. Es sobrado conocida aquella historia convertida en fábula, para que no sea lícito aludir á ella: no es á los poetas de nuestros días, á los hijos del siglo, á quien se debe aplicar una discreción de la que ellos han hecho tan poco uso. En el presente episodio, particularmente, ha habido *Confesiones* por las dos partes, siendo este el caso de decir con Bossuet, si tuviéramos el derecho de hacerlo y fuéramos de los suyos, « que algunos pasan su vida llenando el universo con las *locuras de su juventud extraviada* ». El universo, fuerza es también convenir, se ha prestado voluntariamente. Al decir el universo quiero decir la Francia. Esta ha escuchado con el mayor interés, ha acogido con alma todavía muy literaria todo lo que le parecía sincero y elocuente. Por lo que hace á Alfredo de Musset, él más que ninguno debió inspiraciones inmortales á las borrascas de su vida y de su corazón. En sus horas de dolorosa agonía, dejó escapar en algunas de sus *Noches*

acentos que todavía hacen vibrar las almas y que nada borrará. Mientras haya una Francia, mientras exista la poesía francesa, vivirán los versos de Musset como viven los de Safo. Á sus cuatro celebradas *Noches* podemos agregar aquel *Recuerdo* que citamos en anterior artículo, aquella vuelta al bosque de Fontainebleau, composición de la más pura, de la más conmovedora belleza, y, lo que es más raro en él, de extraordinaria dulzura.

Hubo en aquella vida un favorable momento, en el cual, después de las crisis ó en sus intervalos, el cansancio que ya había venido no quitaba su frescura á la expresión de Musset; dejábasela toda con la lozanía de los primeros años, al mismo tiempo que mezclaba en ella una sutileza de pensamiento, una ironía, una ligereza que no había tenido precedentes desde Voltaire y Hamilton. Aquel momento fué corto; en Alfredo de Musset todo marchaba de prisa; pero fué un momento único, precioso, en el cual dió la idea y la esperanza á algunos de sus amigos de que su génio podía madurar y transformarse. Proverbios de la delicadeza más grata y exquisita, versos cada día más hermosos, ya ligeros y de una facilidad verdaderamente superior, ya arrebatados y con todas las melodías de sus mejores tiempos:

¡ Estrella del amor, no bajes de los cielos !

Todo esto parecía anunciar una estación más templada y el duradero reinado de un talento caro á todos, aceptado igualmente por la sociedad más escogida y por la más ferviente juventud. Ya se trate de cantar los primeros triunfos de Rachel y el *début* de Paulina García, ya de ridiculizar los énfasis patrióticos del *Rhin alemán*, ya de un cuento burlesco, allí está siempre y ántes que ninguno Alfredo de Musset, combinando los rasgos de su ironía con los entusiasmos de la inspiración. Él comprobaba como nadie la divisa del poeta (1); él era el hombre de moda. Sus libros estaban en todas partes y hasta figuraban en los regalos de boda; he visto maridos jóvenes y elegantes que se los daban á sus mujeres desde el primer día para formar su gusto. Decíase por entónces en círculos reputados, entre los jueces ó semijueces del arte que en nuestro país abundan (2), que gustaban de Alfredo de Musset no por

(1) Je suis chose légère et vole à tout sujet.

(2) Un escritor elegante que pasa por ser uno de nuestros mejores críticos, pero

sus versos, sino por su prosa, como si la prosa de Alfredo de Musset no fuera la de un poeta. Su fina prosa no podía hacerla quien no hubiera hecho sus versos inimitables. Hay gentes que, si pudieran, cortarían á una abeja en dos. Pero la verdad es que sus triunfos teatrales habían contribuido á conquistarle el favor público. Se observó muy pronto que algunos de sus bonitos proverbios, comprendidos y representados en sociedad por actores y actrices de afición, podían proporcionar una hora de grato pasatiempo. Se ensayaron, pues, y se representaron en las veladas de más de un palacio, como Madame Allan tuvo el honor de hacer en el teatro el mismo descubrimiento. Representado el *Capricho* de Alfredo de Musset por Madame Allan en la Comedia francesa (ántes lo había ejecutado en Petersburgo), obtuvo un éxito brillante y demostró que todavía se encontraba en el público, sabiéndola despertar, una emoción literaria delicada. ¿ Qué le faltaba, pues, en aquellos años al poeta, joven todavía, para ser dichoso, para amar la vida, para demostrar su ingenio combinando inspiraciones nuevas con todos los matices del buen gusto?

Musset era poeta y nada más que poeta: quería sentir. Formaba parte de una generación poética ante todo. « En los tiempos de mi hermosa juventud, ha dicho uno de los poetas de la misma época, amé siempre, llamaba con mis votos y adoraba la pasión sagrada »; la pasión, es decir la materia viva de la poesía. Tal era Alfredo de Musset en grado superlativo, pródigo entre todos (1). Como un soldado temerario, no previó ni supo de antemano preparar la segunda mitad del viaje; hubiera desdeñado lo que se llama prudencia, que le parecía disminución gradual de la personalidad y de la vida. Llegado á lo más

que nunca ha sido buen crítico, tratándose de juzgar á los contemporáneos, M. Villemain (puesto que debo nombrarle) era uno de ellos.

(1) Alguno que me es bien conocido, que fué un momento compañero de Musset en su vida de imaginación y deseo desenfrenado, ha escrito un osado pensamiento que expresa perfectamente el furor apasionado, tan caro á la generación que se ha llamado de los hijos del siglo: « Yo sueño á veces un Eliseo, en el que cada uno de nosotros va á reunirse al grupo de que forman parte los que se le parecen; mi grupo, lo he dicho en otra parte, mi grupo secreto es el de los *adúlteros* (*mæchi*), de los tristes como Abbadona, soñadores aún en el placer y siempre pálidos y misteriosos..... » — Musset, por el contrario, tuvo desde muy joven por ideal la orgía, la bacanal ruidosa y la embriaguez sagrada; su grupo era el de la duquesa de Berry (hija del Regente) y de aquella *Aristion* de la *Antología* que danzaba y bebía con la frente cubierta de coronas.

alto y ya en la opuesta pendiente de la montaña, parecía haber alcanzado y aún sobrepujado la cima de todos los deseos: el hastío lo devoraba. No era de los que se consuelan del arte por la crítica, de los que encuentran distracción u ocupación en trabajos literarios, de los que son capaces de estudiar para evitar las pasiones que buscan todavía su presa, cuando ya no tienen objeto serio. Alfredo de Musset sólo supo aborrecer la vida, desde el instante en que esta, según su propio lenguaje, no era ya la juventud sagrada. No la concebía digna de ser vivida, ni la soportaba, sino envuelta en poético delirio (1).

Musset padeció mucho; que no lo olviden los que le han querido, los que siemprele admirarán por sus versos. Tuvo seguramente, debió tener muchas veces el sentimiento y como la agonía de su desfallecimiento, al contemplar la idea de una verdad superior, de una belleza poética mucho más serena, que él concebía, pero sin fuerzas ya para abrazarse á ella. Un día me encontré en el *boulevard* á uno de sus amigos más adictos, Alfredo Tattet (2), cuya reciente pérdida ha debido

(1) Para Musset, vivir y gozar era una misma cosa « ¡ *La dicha, siempre la dicha!* ¡ *vivir y morir gozando!* » tal era su divisa. En la segunda época de su juventud, después de decir que lee *Werther* y la *Nueva Eloisa*, que devora todas las locuras sublimes de que se ha mofado, agrega: « Puede ser que yo vaya demasiado lejos en este sentido como en el otro. *Pero qué se me da á mí? Iré de todos modos.* » Marchar hasta el fin en todas direcciones y hasta agotarse: ¡ terrible higiene moral y física!

(2) Hé aquí los versos por la amistad sustraídos sin que el autor lo supiera, y tal como este los hizo:

J'ai perdu ma force et ma vie,
Et mes amis, et ma gaieté;
J'ai perdu jusqu'à la fierté
Qui faisait croire à mon génie.

Quand j'ai connu la vérité,
J'ai cru que c'était une amie;
Quand je l'ai comprise et sentie,
J'en étais déjà dégoûté.

Et pourtant elle est immortelle,
Et ceux qui se sont passés d'elle
Ici-bas ont tout ignoré.

Dieu parle, il faut qu'on lui réponde.
— Le seul bien qui me reste au monde
Est d'avoir quelquefois pleuré.

afectarle como un presagio triste. Al verme se apresuró á mostrarme un pedazo de papel que contenía algunos versos escritos con lápiz, versos que Tattet había sorprendido aquella misma mañana en la mesa de noche de Musset, á la sazón en el campo. Estos versos han sido impresos; pero no con el sentido que les dió el poeta en una noche de insomnio y de amargura.

El contraste no puede ser más singular entre estos últimos versos y los primeros de Alfredo de Musset. En los primeros cantos hay matinales reflejos y como el son agudo de la trompa de caza; en los versos que sorprendió Tattet hay arrepentimiento y hay nostalgia. Comparando las inspiraciones juveniles llenas de animación con el soneto final impregnado de melancolía, se puede asegurar que entre aquellas y este se halla comprendida toda la carrera poética de Alfredo de Musset: ¡ gloria y perdón! — ¡ Qué brillante y luminosa estela tan audazmente trazada! ¡ Cuánta luz! ¡ Qué eclipses y qué sombras! El poeta que fué el tipo de las almas oscuras y misteriosas de su tiempo; que reflejó sus vuelos y sus caídas; que expresó sus grandezas y miserias, no perecerá. Su nombre quedará en la memoria de los que le hemos sobrevivido para envejecer, de los que con verdad hemos podido decir al volver de su entierro: « Nuestra juventud estaba muerta hace tiempo, y con él la hemos enterrado. » Admirémos, continuemos amando y honrando en su mejor parte la esencia de su ser que él derramó en sus cantos; pero saquemos también la consecuencia de que no debemos envanecernos jamás con los dones recibidos de la naturaleza humana, que es imperfecta.

FIN.